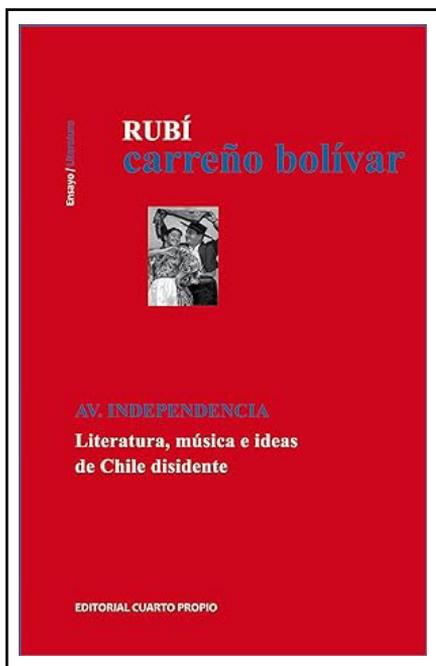


RESEÑAS



Av. Independencia: Literatura, música e ideas de Chile disidente

Rubí Carreño Bolívar.
Santiago: Cuarto Propio, 2013.
ISBN: 978-956-260-632-5.
242 pp.

Reseña por Tomás Mandiola

Pontificia Universidad Católica de Chile
tamandiola@uc.cl

*

La academia no era un oasis ni un refugio sino por el contrario, era una institución en crisis, resquebrajándose, a pesar de su celebrada infraestructura y estabilidad. Ciertamente la educación vista desde dentro era en cierto modo un fraude, los primeros síntomas de descomposición eran latentes y el amor por enseñar no era tan así. Rubí, que era una de las pocas profesoras jóvenes y en sintonía con nosotros, nos dio como trabajo analizar una canción y aplicarla a la situación actual de la sociedad.

Héctor Hernández Montecinos

No deja de ser relevante que *Av. Independencia* (2013) de Rubí Carreño motivara a Diamela Eltit a relevar la crítica como una “experiencia poética” (226). En el ámbito de la investigación literaria —la muchas veces mal llamada crítica académica— resulta poco usual encontrarse con proyectos escriturales, como el que Carreño ha desarrollado, que extremen la potencia poética y política de la letra. Hablo de una

escritura que no se limita a vehiculizar un saber especializado, sino que reflexiona sobre sí misma, que se funde y confunde gozosamente con la multiplicidad de estéticas con las que se involucra, en las que indaga, para ensayar horizontes de libertad.

Una lectura panorámica evidenciará con rapidez que el rótulo de ‘ensayo (de) literatura’, asignado editorialmente, constriñe la vocación culturalista e indisciplinada del volumen. El objeto del libro será la cultura disidente chilena, en el sentido amplio de ambos términos: la cultura, entendida laxamente como prácticas artísticas (literatura, música, etc.) y formas de vida (prácticas, ideas), ambas situadas socialmente; y la disidencia, como un concepto que tiende a ser intercambiable con ‘izquierda’ (pensemos, entonces, en una cultura disidente como una cultura de izquierdas). En este sentido, la ‘disidencia’ enfatizará la dimensión heterodoxa de estas prácticas culturales que no reside, necesariamente, en su adscripción ideológico-programática a los proyectos históricos de la oficialidad de la izquierda chilena. Así, Carreño evita que el libro se torne “un chiringuito de la nostalgia” o “un respetuoso relicario para los santos de la izquierda” (13). El Chile disidente al que alude la autora, probablemente, sea más bien uno ‘contestatario’ o ‘rebelde’ para las próximas generaciones lectoras, para quienes la(s) disidencia(s), incluso a secas, ha(n) derivado hacia la disidencia sexual, categoría que progresivamente se afianza en el espacio consensuado de lo público luego de su encapsulamiento como escena contracultural y/o léxico activista en las décadas pasadas.

Si existiese un eje que estructure la totalidad de este libro, cuya vocación es, insisto, liberarse de la pretensión de unicidad de las estructuras rígidas, es la noción de biopoética, la que es desarrollada en un breve preámbulo teórico y metodológico titulado “Promesas de sentido”. Siguiendo a Carreño, la biopoética es un concepto estético/político que permite pensar la inserción y supervivencia de una práctica artística en un campo cultural represivo:

Las biopoéticas involucran una subjetividad y su relación con los poderes económicos, políticos, o de la representación, y definen nuestro concepto de disidencia. Un disidente sería aquel que cotidianamente enfrenta y resiste creativamente a los poderes fácticos que lo consideran mano de obra, residuo o, desde el plano de la representación, “el otro” (14).

A lo largo de *Av. Independencia*, entonces, Carreño se concentrará en las maneras en las que su corpus de biopoéticas cuestionan, mayoritariamente desde el placer y la irreverencia, la biopolítica, que se expresa en una regulación precarizante de los cuerpos. Veo en esta propuesta ensayística, entonces, un gesto biopoético

en la medida en que el propio texto de Rubí Carreño enfrenta creativamente las regulaciones textuales del discurso académico en una escritura que destaca por su carácter situado, es decir, por explicitar su lugar de enunciación como crítica literaria que se crió y estudió literatura en dictadura (un posicionamiento también declarado en su primer libro publicado en 2007, *Lecha amarga*): “Yo aprendí a leer junto con el cierre de mi escuela de profesoras normalistas y casi al mismo tiempo que mis padres organizaron la quema de libros antes que llegaran los militares” (24). Su infancia, dirá la autora, terminó “con el balazo del presidente en La Moneda y a desaparición de mis vecinos de Av. Independencia” (12). Aquí identifico uno de los núcleos que me interesará desarrollar brevemente en este texto: Carreño se reconoce como heredera y parte de una genealogía de críticos literarios chilenos, entre ellos, los críticos de los sesenta y los setenta, aquellos a los que la autora, en un gesto muy valioso, reconoce en el capítulo “El exilio de la crítica chilena: aportes para una nueva agenda”. Sin embargo, no puedo obviar que la autora, en su interés por las disidencias, también dedica señeros análisis a la cultura disidente de los jóvenes nacidos en democracia, especialmente a los movimientos estudiantiles de las primeras décadas del siglo XXI, como por ejemplo en el capítulo “Siempre será canción nueva: legitimidad, innovación y tradición en la representación de la memoria traumática chilena (1988-2012)”. En una analogía con la ‘novela de los hijos’ de Zambra, entonces, pretendo leer a Carreño, no obstante la versatilidad de su mirada crítico-cultural, como una escritura que se adscribe a ‘la crítica de lxs hijxs’ por su interés en situarse autobiográficamente como aquella generación hija de la dictadura y que indaga atenta en la trayectoria de aquellos intelectuales exiliados e inciliados, entre ellos, los primeros críticos de la obra de Diamela Eltit que posteriormente será parte central trabajo de Carreño.

Y, ciertamente, esta entrada de lectura me invita a leer *Av. Independencia* también situado generacionalmente. Del mismo modo en que la autora escribe en 2009 sobre los inicios de Rodrigo Cánovas o Jaime Concha, por ejemplo, también lo hace el poeta Héctor Hernández en el epígrafe que incluí, como estudiante de literatura en el Campus Oriente de la PUC en los noventa, al reconocer a Rubí Carreño como “una de las pocas profesoras jóvenes y en sintonía con nosotros” (83), a la que también valora por inaugurar cursos sobre literatura con perspectiva de género, en un periodo en el que “toda esta gente que en la academia trabajaba estos intereses era de algún modo percibida como conflictiva, sospechosa, peligrosa” (Hernández 100). En mi caso, escribo también como estudiante de Rubí Carreño en mi paso reciente por la misma Licenciatura en Letras, pero en un momento de consagración institucional en el que se desempeña como Profesora Titular de la

Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Directora de la revista *Taller de Letras*.

El corpus de trabajo que aborda *Av. Independencia* es heterogéneo y comprende música, literatura y prácticas culturales en un sentido amplio: la música de Víctor Jara, Violeta Parra, Quilapayún, cuecas, tangos, marchas estudiantiles, la escritura de Diamela Eltit, Alejandro Zambra, Yuri Herrera, Washington Cucurto, Hernán Rivera Letelier, la crítica literaria chilena, tomas estudiantiles, fiestas, la memoria, la generación de los jóvenes nacidos en democracia, entre muchos otros. El volumen se estructura en cuatro capítulos, cuyos títulos ponen en primer plano la centralidad de lo musical (Cerati, Spinetta, etc.), rasgo que también se expresará formalmente través de la escritura de Carreño, que apuesta por textualidades a las que denomina “ficciones críticas” y “canciones” en un intento por democratizar la reflexión literaria al “oscila[r] entre la música, la literatura y la crítica; lo letrado y lo popular; lo personal y lo social y la tradición crítica” (16). Sin embargo, la gran mayoría de los capítulos que componen *Av. Independencia* no son inéditos, por lo que el libro se torna en gran medida una recopilación de trabajos previos: capítulos de libros especializados, ponencias, presentaciones de libro y principalmente artículos académicos de la autora.

Al entrar al texto a partir de la idea de ‘crítica de lxs hijxs’, me detengo en la curiosidad crítica con la que Carreño interpela y revisa las biopoéticas de los sujetos disidentes que la antecedieron, entre ellos la escena académica y cultural de los incipientes años setenta, con el objetivo de determinar “cuál fue el aporte que hicieron desde esta situación al estudio de la literatura chilena reciente, y finalmente, cómo su trabajo ilumina la agenda crítica actual” (134). En este contexto, ciertamente, adquiere mayor valor el deseo autorreflexivo de renovar la crítica académica de *Av. Independencia*, pues esta es entendida como un oficio cuyo cambio consiste en una “tarea colectiva y convocante, [que] pasa, sobre todo, por la transformación de la escritura” (16).

En el primer capítulo, titulado “La puntada y la sutura”, Carreño aborda principalmente un corpus compuesto de música popular y la escritura de Diamela Eltit, cuyos vasos comunicantes son la estética de la puntada atribuida a Violeta Parra, que “repara y denuncia a la vez, acusa y reconstruye artísticamente” (29). En su lectura de *Av. Independencia*, sin ir más lejos, Diamela Eltit atribuye esta estética a la escritura de Carreño, ya que en sus palabras busca suturar tiempos y espacios separados por cortes históricos. De este modo, Carreño recompone el cuerpo/corpus de la cultura (disidente) chilena, aquella que fue aniquilada por la dictadura y desplazada de lo que antes del golpe de Estado podríamos entender como una

identidad nacional diversa, múltiple, antes de ser monopolizada por el imaginario simbólico de la cultura autoritaria. Esta estética de la sutura que aborda la pérdida sin renunciar a mostrar la herida, como señala Carreño, se aproxima también a la pregunta por las poéticas y representaciones del artista en el siglo XXI, como por ejemplo en la escritura de Eltit, donde las subjetividades desplazadas por la hegemonía operan “como las esquirlas en medio del camino que dejó el poder, también serán las pequeñas piedras en sus zapatos” (44).

En los capítulos posteriores, la autora emprende diversas lecturas vinculadas a la música y la literatura, en las que destacan, a mi juicio, la agudeza con la que lee a la política estudiantil y la memoria (“La muralla” y “Chile en marcha”, por ejemplo), como también sus escritos sobre literatura y crítica literaria (“El exilio de la crítica”, “Cuestión de clases” y “Es peligroso ser pobre, amigo”). En el caso de las políticas estudiantiles y la memoria, Carreño identifica cómo desde el 2011 irrumpen en el espacio público subjetividades estudiantiles que dialogan con los proyectos de la generación del compromiso, por citar la terminología de Elsa Drucaroff, es decir, aquellos jóvenes que “cantaron y entregaron su alegría”, recordados en el último discurso de Salvador Allende y cuya música —a pesar de que la batea se haya meneado y desbordado— ha acompañado al corazón disidente de Chile.” (185). No obstante, Carreño analiza pioneramente a estas nuevas generaciones de movimientos estudiantiles, aquella que ahora conforma el gobierno frenteamplista y que establecen una relación diferente con la memoria traumática, lo que se traduce en propuestas estético-políticas que años atrás estaban ligadas a la fiesta consciente y el amor lúcido, que desafían la memoria consensuada por la Concertación, en tanto que algunas de sus autoridades fueron víctimas y protagonistas de la transición pactada.

Asimismo, los análisis a partir de masculinidades, trabajo y clase social que se despliegan a lo largo del volumen resultan valiosos, en la medida en que la confrontación de textos literarios, legitimados e ilegítimados académicamente, con otros objetos culturales, permiten levantar preguntas analíticamente productivas como: (1) “¿Por qué volver a los obreros muertos de un siglo extinto? ¿Se puede hacer literatura social toda vez que el socialismo y el realismo socialista son percibidos, actualmente, casi como una anacronía?” (93) y (2) ¿cómo sería una estética y/o perspectiva de una clase media sin épica de izquierda, sin el dinero de la burguesía y sin una cultura popular? Desde una de estas perspectivas analiza la *Cantata de Santa María* (1970) en diálogo con *Santa María de las flores negras* (2002), de Hernán Rivera Letelier, a partir de las problemáticas que identifica propias de un proyecto artístico (de izquierda): “la pugna sobre si al momento de representar a los trabajadores es más relevante la vanguardia literaria o política” (94). Pensemos, por lo pronto,

en representaciones épicas, tradicionalmente asociadas a la generación de artistas de la Unidad Popular, o folletinescas, en este caso asociadas a Rivera Letelier.

Con este libro, que incluye la pregunta por la disidencia desde su título, Rubí Carreño contribuye, dentro de lo que ya es un proyecto académico-crítico consistente, a recordarnos que la crítica es una forma de autobiografía, como sostiene Piglia, y también que para pensar la crisis de la universidad, o del oficio de la crítica académica, es necesario deconstruir “la jerarquía de poder-saber que separa el hablar ‘sobre’ la crisis del hablar ‘desde ella’” (133), como declaraba Nelly Richard durante la década del noventa. En este caso, estamos frente a una escritura relevante poética y políticamente: una crítica situada, ‘crítica de lxs hijxs’, opté por llamarla, que junto a historizar desde la posición de una generación criada en dictadura las prácticas de una cultura disidente chilena diversa, escenifica textualmente el deseo de renovar la crítica (literaria) al indagar en los proyectos estético-políticos de las generaciones pasadas y presentes. Aquel gesto generacional, sin duda, revitaliza un campo académico en el que nuevos estudiantes y lectorxs (¿lxs nietxs?) podrán interrogar y aquilatar la producción intelectual de críticos, actualmente legitimados institucionalmente, cuyas trayectorias se han caracterizado por disidencias múltiples.

Obras citadas

- Carreño, Rubí. *Av. Independencia: Literatura, música e ideas de Chile disidente*. Santiago: Cuarto Propio, 2013.
- Eltit, Diamela. *Réplicas: escritos sobre literatura, arte y política*. Santiago: Seix Barral, 2016.
- Hernández, Héctor. *Los nombres propios*. Santiago: RIL, 2018.
- Richard, Nelly. *Residuos y metáforas (ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)*. Santiago: Cuarto Propio, 2001.